

I X

DESDE PUENTE LOS FIERROS

¡Salve Asturias, rincón sonriente alegrado por el caramillo de Titiro, valles suaves como los de las Geórgicas, campiñas verdes que sois una égloga de Virgilio recitada por la Naturaleza! ¡Yo os saludo desde el compartimiento y abro los poros de la cara á vuestras brisas cargadas de aromas de heno, y el alma toda á vuestra dulce placidez!

La decoración ha cambiado por completo. Con Puente los Fierros se despide uno de la cordillera, de los tajos, del vértigo, y el tren sosegado y tranquilo toma por una vega que es toda ella un huerto que no se acaba nunca. Alguna hondonada, algún túnel de tarde en tarde. Los últimos escondrijos de la montaña, pero rápidos y breves, sin nada de espantoso. Lomas cubiertas de



hayas, castaños y robles, limitando siempre los valles que se suceden unos á otros, y un engranaje de praderas naturales cuajadas de tapices de bromos forrajeros á punto de hoz.

A primera vista adviértese la subdivisión que por aquí alcanza la propiedad. Multitud de caserías alternan con los pueblos. A cada kilómetro ó menos se descubre una casita con su hórreo al lado, erguido sobre postes, sus recuadros de maíz amarillo, y sus copudos manzanos. Algunas viviendas humean; cerca de otras pastan dos ó tres vacas que vuelven la cabeza para vernos pasar. Y esta nota se repite y se repite sin agotarse nunca, pero sin que canse. Maíces, manzanos, casitas, todo desperdigado por el terreno, salpicado, sin orden, todo suave, sencillo, patriarcal, de una dulzura suprema.

El río y la carretera continúan su viaje juntos, unas veces á la derecha y otras á la izquierda de la vía. Con frecuencia los cruzamos por puentes de hierro. Hemos llegado á Campomanes. Hé ahí el lugar de la trágica leyenda, de la vieja historia. Un gobernador de una fortaleza, el Conde Fruela Ramírez, una hija suya, la bella Adosinda, prometida de un joven de su familia,

García de Valdés y un extranjero que salva la vida del anciano Conde en una cacería. Después el enamoramiento de la doncella, la seducción por parte del extranjero y el abandono, retirándose la deshonrada á una gruta en lo hondo de un monte, quizás en ese que estoy viendo desde la ventanilla. El extranjero era Sancho el Mayor de Navarra. Tiempos después atravesaba estos breñales en peregrinación á Oviedo; siguiendo á un jabalí se mete en una cueva y se encuentra en la que sirvió de retiro á su amada, que en ella duerme el dueño eterno. Su hermano y su desdeñado pretendiente desafían al monarca, ávidos de venganza; el soberano no acepta, los prende, escápase su rival, muere el hermano asaetado, y tres horas después el mismo rey sucumbe atravesado por una flecha del que logró evadirse, «pagando así en Campomanes el crimen cometido en Pajares.»

El Lena. Pola. Desde el coche se distingue sobre una colina la ermita de Santa Cristina, famoso residuo del arte del siglo IX, fundada por Ramiro I. Una garganta sombría y ceñuda: Ujo. Entre los árboles de ambas vertientes asciende algún plano inclinado que trepa por el mon-

te. El terreno desarruga su momentáneo entrecejo y torna á abrirse. A lo lejos suben al cielo columnas de espesísimo humo negro. Es una fundición. Estamos en Mieres.

VERDE Y NEGRO

Es un paisaje flamenco, de una singular pastosidad de tonos, de una blandura de color extraordinaria. El follaje de los árboles es de terciopelo, las masas de hierba de las praderas son de raso. El verde da la nota con una profusión tal, que hasta la mayoría de los troncos hállanse recubiertos por la humedad de una espesa capa de escabro, y no hay un palmo de terreno que no resulte de esmeralda.

La humedad: hé aquí la gran artista del valle de Mieres. El lugar carece de lontananzas, es largo y estrecho, es una hondura recortada al fondo por colinas que se enlazan, y tan próximas, que se echan encima de la vega. La característica del sitio es el arbolado. Por las lomas trepan ejércitos de robles, de álamos, de hayas; las praderas

tienen un verdadero toldo de nogales y castaños; todos los huertos marcan sus lindes con filas de frutales. La luz llega al paraje cernida por entre millares de hojas y tamizada; tal exceso de vegetación mantiene en la atmósfera una bruma continua, y de esta suerte, casi siempre reina aquí una dulce claridad misteriosa.

Todo suda, alfombras de mies, copas y cortezas. La calma es tan grande, que el humo de la locomotora se queda flotando é inmóvil, y su pitido suena apagado y sin ecos. Las nubes hállanse muy bajas; algunas se agarran á los árboles más empinados de las colinas. El Caudal, un riachuelo pedregoso y murmurante, cruza el valle, y en ambas orillas se alza el pueblo con sus casas de uno ó dos pisos, oscurecidas por las lluvias continuas, preparadas sus espaldas para recibir el embate de los turbiones, tristes y silenciosas. Un ancho puente comunica ambas riberas. Sobre su torso pasan los rieles de un tranvía que se prolonga por un lado.

Allí está la fundición. De repente se ve el valle invadido por una cerrazón tremenda que lo envuelve todo, y surgiendo de entre un grupo de grandes naves con te-

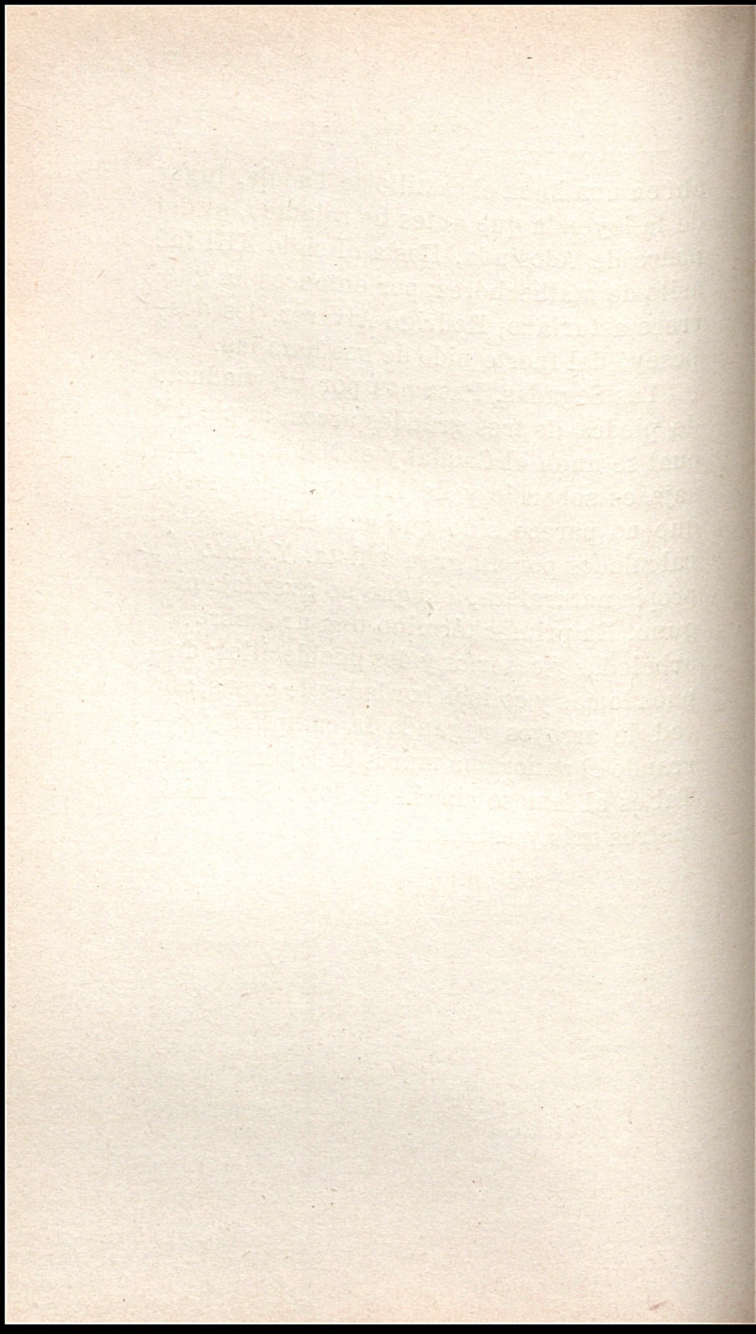
chumbres de zinc, suben al espacio diez ó doce negras columnas densísimas y paralelas de humo de hulla. Otras nubes de humo blanco brotan aquí y allá, y á trechos resplandecen inmensas llamaradas rojas que iluminan y bruñen cuanto les rodea. Atenuados por la trepidación de nuestro tren, se sienten llegar de allí rugidos de vapor, estrépito de martinets, y bajo las techumbres de las naves se distingue el ir y venir de muchas sombras.

Tras del silencio y la quietud que pesan sobre el valle en su entrada, esta nota de la fundición, estruendosa y ruda, aterra un poco. El verde jugoso y húmedo de la vegetación ha muerto corroído por el polvo de la hulla, por las partículas flotantes del hierro. Mirando á uno y otro lado parece más negro el humo, comparado con las praderas de esmeralda que relucen antes y después. Es un pedazo de infierno en un paraíso, una legión de condenados á quien el destino hace vivir en una naturaleza que sonríe para todo el mundo, menos para ellos.

Ablaña. La cordillera no quiere despedirse, todavía nos hace rodear. Salvamos por un túnel las asperezas de la sierra y desembocamos al idílico valle del Nalón. Hé

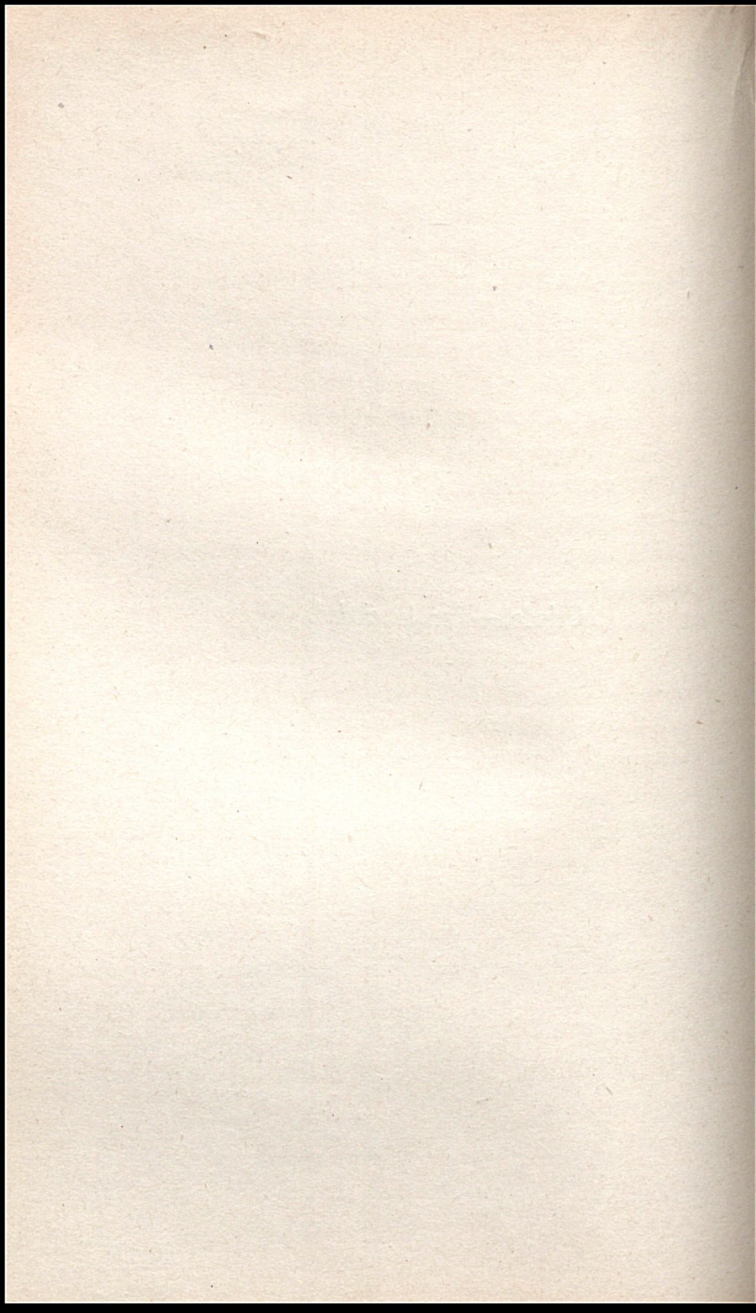
ahí en una loma el castillo de Tudela, lugar de la leyenda que antes he relatado, el del padre de Adosinda. Hasta el siglo XIII fué asilo de malhechores; por entonces un guerrero asturiano, Rodrigo Alvarez, les desposeyó del fuerte nido de sus hazañas.

Las Segadas. Pasamos por un viaducto de piedra de tres grandes arcos, al pie del cual se unen el Caudal y el Nalón. El paisaje es soberbio y de tal suerte dispuesto, que no parece sino que sus efectos están calculados por un gran artista. Y tanto La propia naturaleza, á la que no aventaja ninguno. En primer término una urdimbre de arboledas y caseríos y dos pueblecillos; después lomas y colinas bordadas de copas, una red de arroyos regando la campiña y cerrando el panorama muros de lejanas rocas. Tal es el famoso rincón de Soto. Siete kilómetros más y estamos en Oviedo.



X

Oviedo.—Por la ciudad.



X

OVIEDO

Demuestra una vez más la verdad del popular proverbio: crea buena fama y échate á dormir. Posee la facilidad de alojamientos, las comodidades peculiares de una capital de primer orden; tiene una campiña deliciosa y pintoresca, pero carece de mar; la moda no lo ha incluido en su catálogo de residencias estivales, y provocaría la risa el que uno dijera en Madrid: me voy á veranear á Oviedo; y sin embargo, no hay en toda la parte de la región preferida por los forasteros un solo punto que iguale en frescura á la ciudad de Fruela. El cielo permanece casi siempre entoldado; cuando el sol asoma de mañanita, no media el día sin que se oculte, y con frecuencia llueve, manteniendo la atmósfera pura y húmeda.

La máxima temperatura no suele pasar

de los 23 grados á la sombra, y á menudo baja á los 12 y 20. Pues á pesar de ello, las emigrantes golondrinas de la costa no visitan la población, sino de paso, las que la visitan, que la mayoría sigue de largo. Y al fin, tal desvío en los que no la conocen resulta disculpable, aunque peque de ligero; pero el lance es que los ovetenses mismos se instalan en la costa, donde se abrasan, cambiando todos los sibaritismos del propio hogar por las deficiencias y escaseces del ajeno, siquiera compensadas por el gran placer de las olas.

Unicamente esta atracción del baño explica que, de no ir á la montaña siempre pura, se renuncie á sabiendas á un fresco seguro por un calor probable como el de la marina. En fin, esta es una opinión particular, con la que no me propongo sino poner las cosas en su punto, que la gente de tierra adentro sepa que Oviedo es uno de los puntos de verano más deliciosos que existen, aunque ni la fama ni las *Guías* se tomen la molestia de divulgarlo.

POR LA CIUDAD

Al contrario de lo que sucede en León, donde reciben al viajero el silencio y la tristeza, encontrándose de vestíbulo de la ciudad, al extremo de la hermosa carretera sombreada de olmos, las modestas casas de la calle de Ordoño II, en cuanto se traspone la estación de Oviedo y se desemboca en su amplia plaza, escúchase el pito del tranvía y se distingue el principio de una avenida á la moderna: la de Uría, con una sarta de hoteles con jardín á la derecha y varias manzanas de casas de cuatro pisos á la izquierda. Los portales, los escaparates de las tiendas, los letreros de los comercios, los chafanes de los edificios, recuerdan los de las grandes capitales; sin el tono gris de las fachadas, hijo de la humedad, resultaría un poco del Madrid nuevo.

Al final de la calle y antes de llegar á la de Fruela, distínguese á la derecha un buen golpe de arbolado, bancos de respaldo imitando á junco, candelabros con farolas: es el *Campo de San Francisco*, el Retiro ove-

tense de los domingos de invierno con música de tropa, uno de los paseos urbanos más amplios que existen, de frondosas alamedas con muros de flores, bien cuidado, pobladísimo, con su hermosa calle principal conocida por el Bombé. Algunos de esos troncos tienen una interesante historia que pudo ser trágica. En 1808, fueron atados á ellos para ser fusilados por el pueblo, los afrancesados Conde del Pinar, Meléndez Valdés, La Llave y otros, salvados, gracias á la serenidad de un canónigo que se interpuso con el Santísimo Sacramento. En este parque existió el célebre carbayón, el *guernicako* de los ovetenses, ya derribado, al que deben su nombre local de carbayones. A su alrededor se extiende el ensanche de la población, en parte en proyecto, en parte realizado.

¿Pero este es Oviedo, Dios mío? ¿Esta es la ciudad fundada por Fruela, prendado de la amenidad del sitio? Todo es de hoy, suntuoso, pero sin color. ¡Ah! Por fin. Hé ahí lo que buscaba, hé ahí á un lado de la vía los restos como de un ábside con estribos boceados y una fenestra partida por una columnita, ambos residuos agrietados, maltrechos, con hierbas en las juntas de sus piedras, revelando un edificio histórico. Tal

trozo de antigüedad, desmoronándose en medio de los barrios que se reforman, produce al que sabe sentir el pasado un hondo sentimiento de tristeza, porque se adivina que durará poco en pie. Afea la vista. Claro está. Primero es la rasante.

Tales ruinas pertenecen al exconvento de San Francisco, luego trasformado en hospital, en la iglesia del cual y por falta de edificio propio se halla hoy instalada la parroquia de San Juan desde la demolición de su fábrica. La circunstancia de encontrarse enclavada esta iglesia á pocos pasos de la fonda, hace que á cada instante se ofrezcan ante mis ojos los artísticos restos de sus espaldas. El interior del templo es de cruz latina en su traza y de estilo claramente gótico, con la singularidad de que la capilla mayor se encuentra á más alto nivel que las laterales.

Merecen mención aparte dos ventanas iguales lindísimas en una capilla del cruce-ro, y una pila de agua bendita bizantina, constituída por un viejo capitel. Su ábside es poligonal. Por donde quiera se advierten las huellas de la casa de Quirós, de esa noble casa que ha hecho inmortal su altivo lema. Escudos y sepulturas hablan á cada

momento al visitante de la ilustre familia.

Esta vieja iglesia ha corrido el riesgo de ser derribada. El convento á que perteneció fué fundado en el siglo XIII por Fray Pedro el Compadre, llamado así por ser compañero de San Francisco de Asis. Ahora parece que se piensa en restaurarla. La Corporación que tal acordó merecerá los plácemes de todas las personas cultas. Pero ¿y *mis* ruinas? ¿Caerán ellas solas? ¿Tendrán la suerte de que una mano piadosa las libre de la piqueta?

Dejemos las ruinas. Hé ahí la calle de San Francisco que nos conduce á la Universidad. Es un edificio el de la docta institución, que á la primera ojeada revela aquel estilo grave y severo de Juan de Herrera, el arquitecto enamorado de las líneas rectas, de lo geométrico, por decirlo así. Con efecto, esta fábrica ovetense, según afirma el meritísimo historiador Canelle Secades, honra de la región asturiana que le vió nacer y de la Facultad á que pertenece, fué levantada por Gonzalo de Güemes, Bracamonte y Juan del Rivero, imitadores del que ha dejado su nombre unido al del monasterio del Escorial.

Viniendo á la Universidad de Oviedo,

ábrese su puerta principal entre sencillas columnas dóricas istriadas, resaltando sobre el entablamento las armas arzobispales del fundador. Las dos fachadas del edificio tienen ventanas alfeizadas y elegante cornisa. Salvado el pórtico, éntrase á un amplio patio con dos órdenes de galerías. La inferior formada por arcos de medio punto que apoyan sobre columnas dóricas, y la superior jónica. Las puertas de las aulas dan al claustro bajo.

Fundó la Universidad el ilustre Arzobispo D. Fernando de Valdés y Salas, en cláusula testamentaria de 1566, no gozando, por ende, la inmensa dicha de ver realizada la que tal vez fué aspiración suprema de su vida. Treinta y cuatro años tardaron en inaugurarse los estudios después de vencidas innumerables contrariedades. España siempre ha sido el país obstáculo. La historia del establecimiento registra curiosas páginas. Acaso una de las más es el haber sido claustro y escolares los iniciadores del alzamiento contra los franceses en 1808.

Aunque rápida, dediquemos una visita al interior. Hé ahí el paraninfo. Severo, sencillo, solemne. Tiene derecho á la veneración del que se sienta algo más que cu-

rioso viajero, porque en él se conserva la cátedra del inmortal benedictino Padre Feijóo, tributo cariñoso de las generaciones que se han seguido al humilde maestro que habían de admirar los siglos y que tanto hizo por la Universidad.

Tomamos la amplia escalera y entramos por último en la *Iconoteca*, en el gran salón de honor, solemne templo de la ciencia, donde se muestran, tapando el muro del foso á la cornisa, los retratos al óleo de cuantos varones ilustres consagraron sus servicios y su inteligencia á la región querida.

Descubrémonos con respeto. Son dos ó tres generaciones, las que nos contemplan, las que nos exigen el acatamiento de la admiración justa. Aquí está Fernando de Valdés, el fundador de esta casa; allí el Conde de Campomanes, allá Jovellanos, Casariego, Flórez Estrada, Posada Herrera, Cienfuegos, Marqués de Santa Cruz de Marcenado, Lorenzana, Padre Feijóo, Conde de Mendoza Cortina y tantos más. No es posible citarlos á todos. Es un pasado de gloria, un ayer que honra á la comarca que les dió el ser. Esa falange de Próceres de la inteligencia ha servido de cimiento al esplendor del

Principado. Por ellos goza Asturias de su legítima fama en la historia de la cultura universal.

La tradición no se ha interrumpido. Otros meritísimos varones en el foro, en la prensa, en la tribuna, en el libro, en los escaños rojos, con la palabra y con la pluma, recogiendo el legado de gloria de sus progenitores, continúan su obra magna; y por lo que á la docta casa se refiere, el claustro de hoy, velando por el prestigio de la institución docente, se ha mantenido á la altura lograda hasta el día, y si ayer mereció colocarse junto á Salamanca y Alcalá, al presente puede muy bien sostener la competencia con sus congéneres más ilustres del extranjero; y nada digamos con las del resto del país, á muchas de las cuales aventaja. Dificilmente se reúne un cuadro tan completo de hombres de ciencia como el que hoy figura en la Universidad de Oviedo. El erudito penalista Aramburu; Alvarez Builla, un hacendista que ha salvado con su nombre las fronteras de su patria; Canella Secades, honra del Derecho español, historiador, publicista doctísimo; Posada, una notabilidad en Derecho político; Alas, que ha hecho tan ilustre su apellido como el

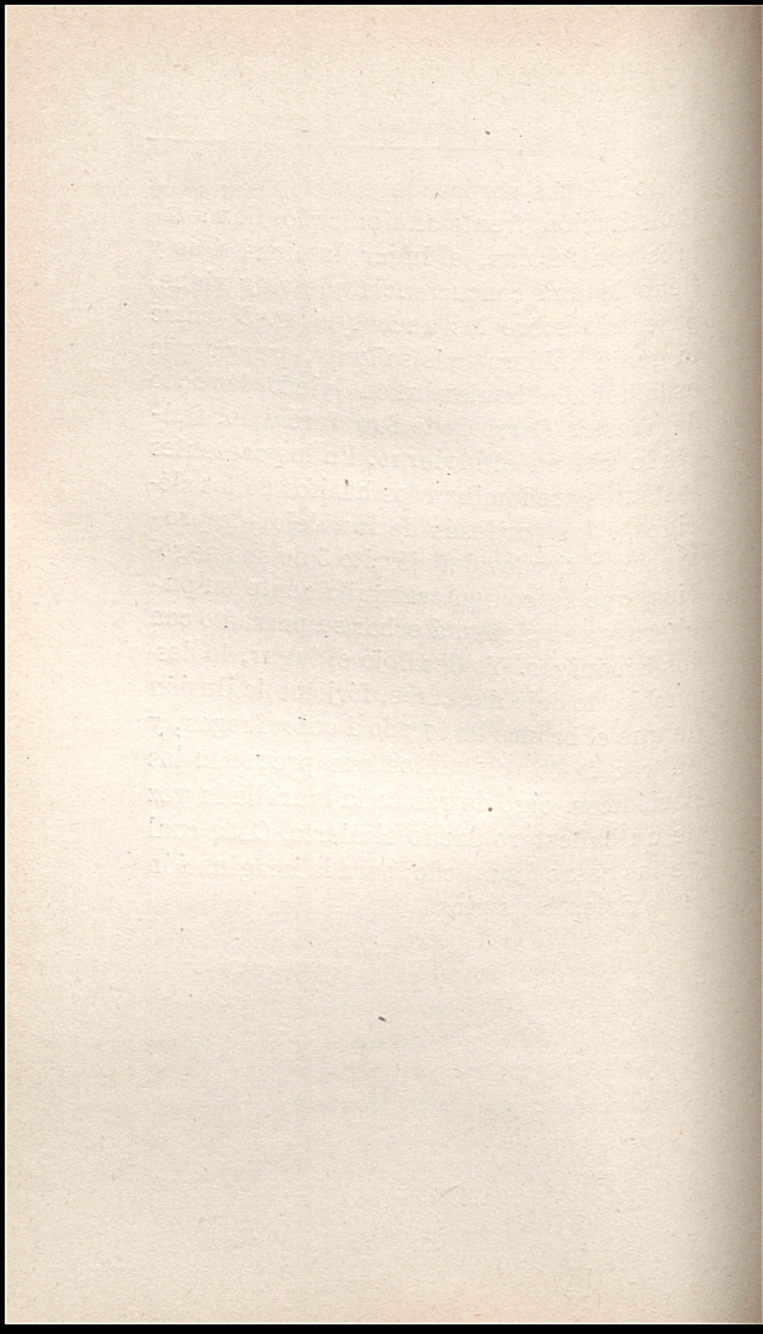
pseudónimo de Clarín; Estrada, Justo Alvarez Amandi, Jove, Suárez Bravo, Sela, Juan María Rodríguez, Vallina, Gómez Calderón, Giles, Serrano, Berjano y Díaz Ordóñez, igualmente insignes. Es una sinopsis de sabios.

El Ayuntamiento data del siglo XVII, irguiéndose sobre el arco de Cima de Villa, antigua puerta de las murallas de la ciudad, sus tres cuerpos de balconadas corridas.

Pero ninguna de estas muestras del Oviedo monumental, con ser de mérito, logra arrojar del espíritu la silueta formada por la tradición. El artista viene aquí con la opinión, con el arquetipo hecho, decidido á no rebasar los albores de la Edad Media, á identificarse, á vivir con los Monarcas guerreros, á no tratar más que con Ordoños, Alfonsos y Ramiros, á reconstruir con la fantasía los tiempos de hierro de la reconquista, después de contemplar las piedras testigos de las hazañas de sus héroes, á respirar el ambiente mismo que sus indomables infanzones. Todo lo demás se admira; pero se aparta para que nada distraiga al ánimo de su dueño.

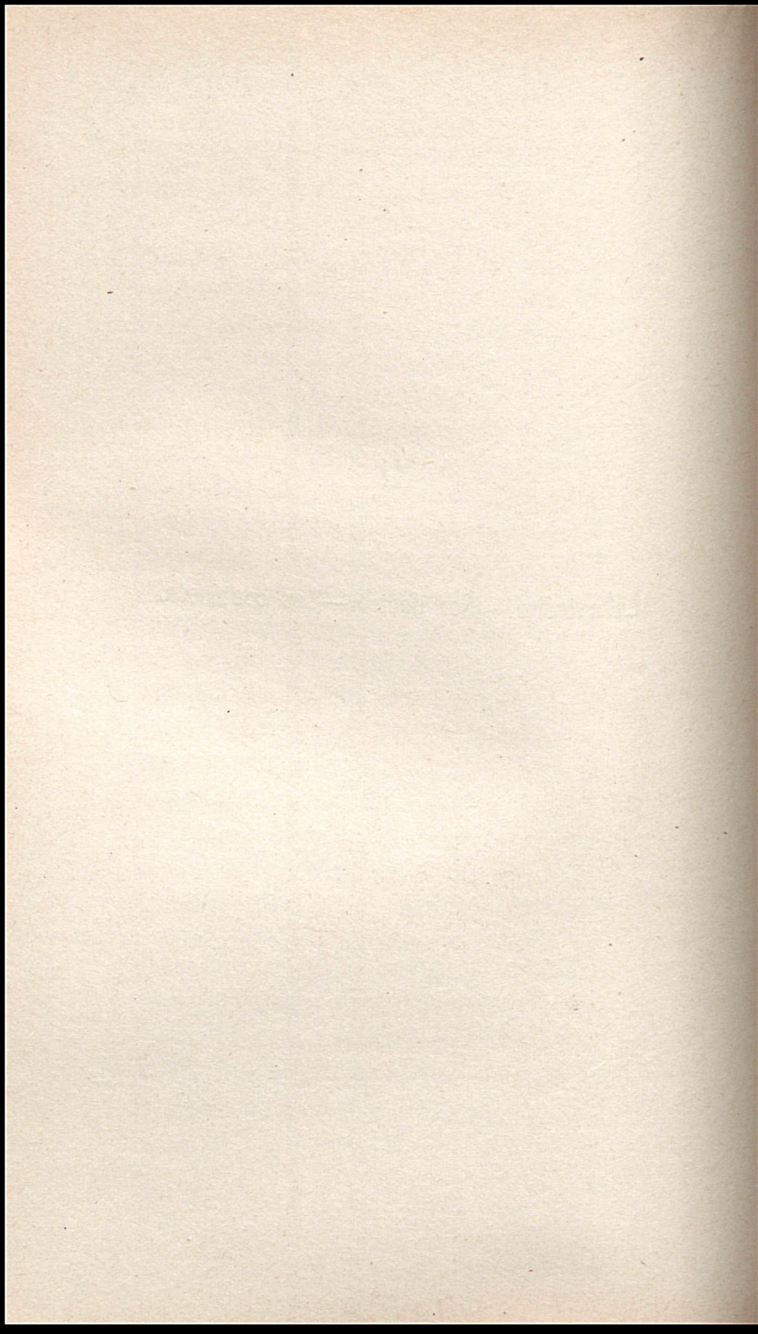
Y sin embargo, no hay más remedio que abrir los ojos á la realidad. La entrada de

la noche nos sorprende en la plaza de la Constitución, frente al Municipio. Candelabros con farolas, el lugar iluminadísimo y lleno de una concurrencia que va y viene, paseando sobre las anchas losas. Si entre la gente hubiera más señoras, creería que es la hora del boulevard en Oviedo, las ocho de nuestra Carrera de San Jerónimo. Quizás lo sea en el invierno. En los presentes instantes predominan los hábitos de los clérigos y los pardesús de los viejos de provincia, retirados del ejército ó de sus negocios, que se comen tranquilamente su puchera y que vienen á echar su parrafito con los canónigos. Yo desalojo el lugar, lo despueblo, lo deajo á oscuras, fórjome la ilusión de que el bronce ha tocado á cubrefuegos, y en vez de los chiquillos que pregonan los periódicos, oigo detrás de la muralla la voz de un balletero dando el alerta. Cada cual ve las cosas á su modo; para la imaginación no existen los siglos.



XI

La catedral.—Por dentro.—Los coetáneos.



XI

LA CATEDRAL

Si no pecara de violenta la imagen, yo diría de ella que es un edificio que tiene una cara muy expresiva. Toda la importancia de su exterior hállase reconcentrada en el pórtico. Bien que este es uno de los más hermosos alardes de cincel que se han visto.

Salvada la alta verja, se yerguen tres arrogantes arcadas que flanquean otras dos menores en diagonal para el tránsito. El estilo del pórtico es de un gótico espléndido con tendencia al medio punto en las ojivas. Las agujas laterales finísimas, los boceles y escocias de las archivoltas, los adornos de su dintel, los relieves de sus hojas y los doseletes y peanas de sus ausentes figuras, son una filigrana de factura. No sé si lo habré dicho ya alguna vez; pero si lo dije, lo repito. Estas preciosidades de cincel han